

PRIMERA PARTE
EL REGRESO A BERLÍN

1

La locomotora de vapor, con sus cargados vagones, exhaló un largo y sostenido silbido al acercarse a la estación Lehrter. El tren dejaba atrás casas ennegrecidas por el hollín, viviendas obreras con ventanas provisionalmente parcheadas y cuerdas con ropa tendida de color grisáceo.

Berlín no ha cambiado, pensó Ricarda.

De pie, junto a la ventana, sus fugaces impresiones le traían recuerdos. Recuerdos de una niña con unas largas trenzas rubias y un delantal blanco almidonado a la que le encantaba ir al barrio obrero para jugar con los niños, pese a que ella pertenecía al elegante barrio de Charlottenburg. Recuerdos de una mujer joven que había luchado por hacer realidad su sueño y que ahora había logrado alcanzar su objetivo. Esta vez regresaría para siempre a Berlín y llevaría la vida que siempre había deseado.

En el asiento de al lado llevaba una bolsa de arpillera llena hasta reventar de flores rojas. Uno de los viajeros había insistido en bajarle el pesado equipaje del portamaletas, pese a que también lo podría haber hecho ella sola. Aunque era menudita, poseía una fuerza física que a más de uno le había provocado extrañeza.

Probablemente tenga que acostumbrarme a que los hombres intenten quitármelo todo de las manos: las maletas, el trabajo, el pensamiento...

No es que en Suiza las cosas hubieran sido distintas. Aún recordaba bien las miradas sobresaltadas que había cosechado en

cuanto se ponía a hablar de su carrera de medicina. Sus propios compañeros de estudios la habían tratado al principio como si fuera un ave del paraíso.

Aunque desde hacía algunos años en Suiza estaba permitido que las mujeres cursaran estudios universitarios, aprovechaban esa oportunidad muy pocas suizas; en su mayoría lo hacían las extranjeras. De todos modos, en la Facultad de Medicina había más bien pocas alumnas; Ricarda, por ejemplo, había sido la única de su promoción. Su principal modelo era Marie Heim-Vögtlin, la primera mujer suiza que había terminado la carrera de medicina, se había doctorado y ahora tenía una consulta en Zúrich que iba muy bien.

Ya desde niña, Ricarda soñaba con llegar a ser médica. Con siete años inspeccionaba el maletín de médico de su padre y admiraba los curiosos instrumentos que albergaba. Más tarde, con esa seriedad propia de la infancia, le había explicado a su padre que de mayor quería ser lo mismo que él.

Heinrich Bendorf se echó entonces a reír, cogió a su pequeña en brazos y le plantó un beso en la mejilla.

—Esto no es para niñas, y menos para mi pequeña princesa. —Fueron sus palabras.

Pero la fascinación de Ricarda permaneció inalterada, y esa noche, cuando se metió en la cama con las mejillas encendidas, olvidándose incluso de sus galletas favoritas por la emoción del propósito que se había hecho, se fue convenciendo cada vez más de que iba a ser médica. La vida de una princesa nunca le había parecido deseable, ni siquiera cuando fue testigo de un desfile de la pareja imperial. Ella quería ser médica, vivir la vida de lleno y curar a los enfermos.

Heinrich Bendorf y su mujer confiaban en que la niña perdiera ese deseo. Pero no ocurrió así. Al contrario; por las noches, Ricarda empezó a meterse a hurtadillas en la consulta, que formaba parte de la vivienda, y a estudiar los libros de su padre. En una ocasión, este la pilló. En lugar de regañarla, se limitó a fruncir el ceño y a recoger del suelo el libro que se le había caído a Ricarda del regazo al levantarse asustada.

—Así que va en serio, ¿eh?

Ricarda asintió con la cabeza.

—Y ¿cuántos libros te has leído ya?

—Diez. Quizá más.

El padre la miró pensativo.

—¿Y entendías lo que ponía?

—No, por desgracia no todo, papá.

—Bueno, supongo que cuando seas mayor lo entenderás.

El padre era más cariñoso que la madre. Aquejada esta de ataques de migraña y otras indisposiciones, nunca había prestado demasiada atención a su hija. Siempre desaprobó tajantemente la resolución de Ricarda, que con los años se fue volviendo cada vez más firme. Finalmente, fue el padre quien se dejó convencer, en contra de sus convicciones personales, y accedió a que estudiara la carrera de medicina. Era incapaz de echar por tierra el sueño de su única hija.

Los recuerdos se borraron cuando el tren entró en la estación. El humo envolvió las vías y, por un momento, rodeó a los que esperaban como si fuera niebla. Ricarda intentó reconocer en el andén a algún familiar que la hubiera ido a recoger, pero no vio ninguna cara conocida. Había teleografiado a sus padres anunciándoles la hora de llegada, pero en realidad no contaba con que la estuvieran esperando en el andén.

Cuando el tren se paró del todo, Ricarda cogió la bolsa y salió del compartimento. En el pasillo se agolpaban los pasajeros. Un grupo de estudiantes hablaba a voz en grito, mientras otros viajeros se alineaban tras ella. No pasó mucho tiempo hasta que algunos de ellos se enojaron por la conducta de los estudiantes. Una sonrisa iluminó por un instante el rostro de Ricarda. Cuando ella había viajado a Suiza, también le había parecido indignante el comportamiento de los estudiantes, pero con el tiempo se había acostumbrado. Ahora le hacía gracia, porque conocía la razón de semejante desenfreno. Si yo no fuera mujer, seguramente

me uniría a ellos, entraríamos en algún establecimiento y celebraríamos el final del semestre, pensó. Pero una cosa así no era propia de una mujer, ni siquiera en el país en el que le habían permitido estudiar. Y no digamos ya en Prusia.

Cuando Ricarda se apeó, una ráfaga de aire levantó sus faldas y un viento gélido acarició sus mejillas. Del pelo recogido se le desprendieron unos pocos mechones, que revolotearon por su cabeza ligeros como plumas.

¡Al fin en casa!

Aunque en Zúrich el tiempo apenas se diferenciaba del de Alemania, el aire de Berlín era distinto. Olía diferente. El Spree y el Havel le proporcionaban cierto olor a ciénaga. Y aunque las chimeneas de las fábricas envolvían la ciudad en humo, también soplaba un aire fresco procedente de los parques naturales de Märkische que rodeaban la metrópolis.

Se alisó el traje de viaje de color gris azulado, que constaba de una falda de corte sencillo y una chaqueta corta de mangas holgadas, se apretó un poco más la bufanda y se enderezó el abrigo. A su espalda sonó un pitido agudo indicando que los viajeros debían cerrar las puertas tras de sí. Al poco rato, la locomotora se puso en marcha entre soplidos y jadeos, pero Ricarda ya no le prestó atención. Salió por la enorme puerta y paseó la mirada por la plaza que había delante de la estación.

—¡Señorita Ricarda! —Oyó de pronto una voz, a su espalda.

Al darse la vuelta, Ricarda descubrió al cochero Johann, que llevaba al servicio de la familia Bensdorf desde antes de que naciera ella. El hombre esbozó una sonrisa resplandeciente. Desde la última vez que lo había visto, se le había puesto el pelo aún más blanco, pero sus ojos seguían siendo los de un hombre joven.

—Buenas tardes, Johann. ¿Qué tal está? —dijo Ricarda, mientras abrazaba al cochero.

Su abrigo despedía un olor familiar a caballo y a loción de afeitar, con la que no solo se untaba la barbilla tras rasurarse, sino que también intentaba alisarse su abundante cabellera.

La madre de Ricarda no veía con buenos ojos que se entablara un estrecho contacto con el personal de servicio, pero Johann era para Ricarda casi como un abuelo. A veces, a escondidas, la había dejado sentarse en el pescante cuando los padres no estaban en casa y Ricarda conseguía escaparse un rato de la niñera. Le enseñaba los caballos y le hablaba de ellos. Otras veces le contaba historias de la guerra, de cuando él era joven. Ahora le habría encantado sentarse delante, a su lado, pero le pareció más conveniente ocupar el asiento que no provocara cuchicheos entre la alta sociedad berlinesa. Bastante indignación había causado ya por haberse atrevido a estudiar en la universidad.

—¿Este es todo el equipaje que trae? —preguntó el cochero, señalando la bolsa.

Ricarda asintió con la cabeza.

—Sí, el resto lo he facturado por correo; llegará en el transcurso de la semana.

—Si es que llega —bromeó Johann, mientras le cogía la bolsa y la colocaba sobre uno de los asientos.

—¿Qué se le puede robar a una pobre estudiante? —preguntó ella, mientras se sentaba sobre los cojines de cuero.

Johann había dejado la capota medio abierta para que ella pudiera ver la ciudad durante el recorrido.

—Tengo entendido que ya es usted una médica en toda regla, señorita Ricarda —observó el cochero, subiéndose al pescante.

—Así es.

Una sonrisa iluminó el rostro de Ricarda. Ahora era más consciente que nunca del paso que se había atrevido a dar. Había logrado algo que, por regla general, les estaba vetado a las mujeres en Prusia, donde incluso tenían prohibida la entrada a las aulas universitarias. La mayor parte de las chicas hacían lo que las madres habían planeado para ellas: casarse, tener hijos y aburrirse mortalmente en los bailes y en los salones.

—Bueno, señora doctora, supongo que querrá ir directamente a casa.

—Sí, por favor, Johann —contestó Ricarda con voz apagada.

Sabía lo que le esperaba. Volver a ver a su padre sería, con diferencia, lo mejor de su regreso al hogar.

—¡Pues vamos allá!

Johann restalló el látigo sobre las cabezas de los caballos, y el landó se puso en marcha.